PRESENCIA

NUESTRA ECONOMIA CENSURADA A LA LUZ DE LA «MATER ET MAGISTRA»

En el último editorial, PRESENCIA ha examinado la política de "austeridad" que está en vigor desde diciembre de 1958, para llegar a la conclusión de que ella no tiene otro objeto que crear *las condiciones objetivas de injusticia social,* sobre las cuales pueda operar luego con eficacia la dialéctica que hace avanzar rápidamente el comunismo entre nosotros. El plan económico constituye una pieza del gran tinglado social-económico-político que las fuerzas tenebrosas, que actúan detrás del actual gobierno, han levantado para destruir lo poco que queda de nuestro ser católico y nacional, y levantar luego sobre sus ruinas la futura ciudad de la impiedad, de la mentira y del crimen. *En ocasión* próxima explicaremos quiénes son en definitiva los constructores de esta futura ciudad, qué se proponen con la edificación y *cómo* piensan llegar a levantarla. Mientras tanto, los detentores del poder del gran capital internacional y de la revolución mundial —unos mismos y únicos detentores— van dando cima a sus planes diabólicos con el concurso de poderosas y ocultas fuerzas; la Iglesia, Madre y Maestra de las naciones, en la persona del gran Pastor y Padre Juan XXIII, se dirige a los pueblos —y también al nuestro— y les enseña cómo deben conformarse las comunidades humanas en sus relaciones económicas si quieren lograr la justa libertad y felicidad que nace de un programa social verdadero y justo. La encíclica reciente, "Mater et Magistra", parece especialmente dirigida a señalar las graves deficiencias económicas en que se debate nuestro pueblo humilde y a indicar dónde hay que poner rápido remedio si se quiere evitar la amenaza de nuevas y más grandes calamidades. Al Estado, en primer lugar, le corresponde una tarea especial, porque, como señala expresamente el Papa, "donde falta o es defectuosa la debida actuación del Estado, reina un desorden irremediable, abuso de los débiles por parte de los fuertes menos escrupulosos, que arraigan en todas las tierras y en todos los tiempos, como la cizaña entre el trigo".

La justa distribución de las riquezas

El Papa indica en su importante documento una verdad elemental que olvidan comúnmente los grandes bonetes de la economía, los que se autoapellidan economistas, y que hasta hace poco vienen desfilando y opinando en las páginas del matutino "Clarín". ¿Cuál es el verdadero fin de la economía nacional? Y a esta pregunta contestan casi unánimemente que consiste "en la abundancia total de bienes y servicios económicos". Y en efecto, todos los planteos y soluciones de los economistas giran exclusivamente alrededor del acrecentamiento del poder del aparato productor. Grave error. Porque no basta producir riquezas si éstas se acumulan en unos pocos privilegiados y no llegan a todos los grupos sociales que forman la comunidad. Aquí está el grave error del capitalismo histórico. Aquí el grave error de toda economía liberal o neo-liberal. Por ello esta economía nos ofrece el triste espectáculo donde "la abundancia y el lujo desenfrenado de unos pocos privilegiados contrastan de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente".

Por ello, además de la alta producción, una economía debe velar por una equitativa distribución de la riqueza en todos los grupos sociales que constituyen la economía nacional. Por ello la encíclica establece bien este principio, y dice: "De donde se sigue que la riqueza económica de un pueblo no consiste solamente en la abundancia total de los bienes, sino también, y más aún, en la real y eficaz distribución según justicia para garantía del desarrollo personal de los miembros de la sociedad, en lo que consiste el verdadero fin de la economía nacional".

Establecido este criterio como fin de la economía nacional, se sigue, dice el Papa, "que la retribución del trabajo, como no se puede abandonar enteramente a la ley del mercado, así tampoco se puede fijar arbitrariamente, sino que ha de determinarse conforme a justicia y equidad".

Para entender bien esto hay que considerar una comunidad política nacional como si fuera un todo orgánico como el cuerpo humano, en el cual el crecimiento del todo y de cada una de las partes debe verificarse armónica y proporcionalmente. No es justo que en una comunidad humana unas partes crezcan y se desarrollen y otras queden rezagadas y sin desarrollo. Se alcanzaría así una situación monstruosa. Un ser deforme: con una gran cabeza y un cuerpo chico, desproporcionado. Por ello la encíclica establece que dentro de la riqueza disponible, la cual puede variar de nación a nación, y aun dentro de una misma nación de un tiempo a otro, "a los trabajadores les corresponda una retribución tal que les permita un nivel de vida verdaderamente humano y hacer frente con dignidad a sus responsabilidades familiares". Pero con ello no queda fijado sino el salario mínimo para las categorías últimas y extremas de trabajadores. Por ello añade la encíclica: "Pero exige, además, que al determinar la retribución se mire a su efectiva aportación en la producción y a las condiciones económicas de la empresa; a las exigencias del bien común de las respectivas comunidades políticas, particularmente por lo que toca a las repercusiones sobre el empleo total de las fuerzas laboriosas de toda la nación, así como también a las exigencias del bien común universal, o sea de las comunidades internacionales de diversa naturaleza y amplitud".

La encíclica pone especial cuidado en advertir que no puede un régimen económico equitativo contentarse con sólo asegurar el salario mínimo. ¡Cuán reprobable sería si no cuidase siquiera asegurar este salario mínimo! Debe también cuidar que el acrecentamiento de riquezas que se produce normalmente de año en año en una economía en franco desarrollo beneficie proporcionalmente a los grupos y personas que contribuyen a crearla. No es justo que en una economía en progreso el sector empresarial acumule beneficios tras beneficios y el sector asalariado se vea rezagado, debiéndose contentar con un ingreso que no le permite el progreso económico. El Papa hace suya a este respecto la enseñanza de Pío XI en la *Quadragesimo anno* cuando decía: "Es completamente falso atribuir sólo al capital o sólo al trabajo lo que ha resultado de la eficaz cooperación de ambos; y es totalmente injusto que el uno o el otro, desconociendo la eficacia de la otra parte, se alce con todo el fruto".

Todo este problema de la justa retribución del trabajo, que coincide, como es obvio, con el de la justa y proporcionada distribución de la riqueza, ha de resolverse en atención al mejor logro del bien de toda la comunidad. Por ello el Papa termina su exposición respectiva diciendo: "En un plano nacional, han de considerarse exigencias del bien común: el dar ocupación al mayor número de obreros; evitar que se constituyan categorías privilegiadas, incluso entre los obreros; mantener una adecuada proporción entre salarios y precios, y hacer accesibles bienes y servicios al mayor número de ciudadanos; eliminar o contener los desequilibrios entre los sectores de la agricultura, la industria y los servicios; realizar el equilibrio entre expansión económica y adelanto de los servicios públicos esenciales; ajustar, en los límites de lo posible, las estructuras productivas a los progresos de las ciencias y las técnicas; concordar los mejoramientos en el tenor de vida de la generación presente con el objetivo de preparar un porvenir mejor a las generaciones futuras". Como se ve, la Iglesia mira el ancho camino de la economía nacional en el que han de cuidarse los diversos aspectos y las comunes relaciones para que se alcance el bienestar proporcional de todos los que trabajan en la producción de riquezas. ¿Qué hemos de decir a la luz de este programa de una economía como la nuestra en que se procura la estabilidad de la moneda y su desarrollo oprimiendo a nuestras clases laboriosas, sujetándolas a un plan progresivo de miseria y de hambre? ¿Cómo justificar que de la renta nacional se le dedique al sector de sueldos y salarios sólo un 45 % cuando en los Estados Unidos se la dedica el 66 por ciento? ¿Qué dicen y qué hacen ante esta flagrante injusticia los que debían ser grupos dirigentes de nuestra comunidad?

La presencia activa de los obreros en las empresas

La enseñanza pontificia no considera agotado todo el problema social-económico en el de la justa distribución de la riqueza. Y en este documento la Iglesia por vez primera afirma explícitamente que "si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico son tales que comprometen la dignidad humana de cuantos ahí despliegan las propias

actividades, o que les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad, o constituyen un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal, un tal sistema económico es injusto aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad".

No basta, en consecuencia, asegurar la justa distribución de la riqueza. Se ha de asegurar, asimismo, la dignidad del hombre en su inserción estable en el contexto de su vida económica. Aquí establece primeramente la necesidad de "conservar y promover en armonía con el bien común y en el ámbito de las posibilidades técnicas, la empresa artesana, la empresa agrícola de dimensiones familiares, y también la empresa cooperativista". Con ello se da a entender que se ha de tener preferencia por la empresa artesana y familiar, asegurándoles las ventajas de las empresas medianas y grandes por el cooperativismo. Sin embargo, no considera intrínsecamente injustas las empresas grandes y medianas, aunque las considera afectadas de posibles inconvenientes en cuanto se refiere a la dignidad del hombre en su inserción en el contexto económico. Por ello pide que para remediar de hecho estos inconvenientes se satisfaga "la aspiración legítima en los obreros a participar activamente en la vida de las empresas en las que están incorporados y trabajan". No entra a determinar la manera concreta de esta participación porque sus modos y grados dependen de "la situación concreta que presenta cada empresa", pero establece que "el problema de la presencia activa de los obreros existe siempre, sea pública o privada la empresa; y en cualquier caso se debe tender a que la empresa venga a ser *una comunidad de personas* (subrayado por PRESENCIA) en las relaciones, en las funciones y en la posición de todos los sujetos en ella"... Y aclara más adelante que "una concepción humana de la empresa debe, sin duda, salvaguardar la autoridad y la necesaria eficacia de la unidad de dirección; pero no puede reducir a sus colaboradores de cada día a la condición de simples silenciosos ejecutores, sin posibilidad alguna de hacer valer su experiencia, enteramente pasivos respecto de las decisiones que dirigen su actividad".

Para que no se interprete erróneamente esta "presencia activa de los obreros en las empresas grandes y medianas" como si la Iglesia propiciara la entrega de las empresas a manos de los obreros o de los sindicatos de obreros en detrimento del derecho legítimo de sus actuales propietarios, el Papa vuelve a reafirmar la doctrina tradicional católica sobre el derecho de propiedad, extendiéndose largamente sobre sus fundamentos y limitaciones, y sobre la necesidad de su difusión. Y aquí señala cómo se ha de llevar adelante "una política que aliente y facilite una amplia difusión de la propiedad privada de bienes de consumo durables, de la habitación, de la granja, de los enseres propios de la empresa artesana y agrícola familiar, de acciones en las sociedades grandes y medianas, como ya se está practicando ventajosamente en algunas comunidades políticas económicamente desarrolladas y socialmente avanzadas".

También se ha de señalar, contra aquellos que interpretan mal la doctrina pontificia, que la presencia activa de los obreros de que habla la Iglesia al ser compatible con "el derecho de propiedad privada de los bienes, aun de los productivos", no exige, sino que le excluye, lo que se llama "propiedad comunitaria" propiamente dicha. El Papa habla de "comunidad de personas", no de comunidad de propiedad.

La presencia activa de los obreros en el gobierno de la economía nacional e incluso en el ordenamiento mundial

Hemos indicado dos puntos importantes señalados por la encíclica con respecto a los derechos de los trabajadores y que les son negados en derecho y en la práctica en nuestra organización social. A los obreros ni se les paga la justa retribución, ni se les asigna el lugar que les corresponde en el plano de la empresa. Pero hay un tercer derecho, que es de la mayor importancia, y que les viene siendo negado sistemáticamente. La economía argentina se ha organizado desde la Revolución de 1955 y luego desde diciembre de 1958 con planes y dirección en la que no han tenido ninguna intervención nuestros obreros, a pesar de que dichos planes y dirección incidían directamente sobre sus jornales, condiciones de trabajo y situación en las empresas y en la economía nacional. Ahora bien, el Papa advierte sobre la oportunidad y aun sobre la necesidad de que "la voz de los obreros tenga la posibilidad de hacerse oír y escuchar más allá del ámbito de cada organismo productivo y en todos los niveles". ¿Por qué insiste el Papa en que los obreros deben intervenir también —no tratamos aquí del carácter de esta intervención— en "instituciones que operan en el plano mundial o regional o nacional, o de sector económico o de categoría productiva"? Porque allí se toman las resoluciones que más influyen en las empresas y en la economía de un país, determinando el monto real de los salarios, la distribución de ingresos, la estructura y funcionamiento de la economía, cosas todas que interesan directamente a los diversos grupos sociales de una economía. El caso claro lo ofrece nuestra situación. Se ha implantado en nuestro país un plan económico del Fondo Monetario Internacional que incide directamente sobre todos los diversos elementos de la economía nacional, creando nuevas relaciones entre los diversos grupos que actúan en el plano productivo y afectando particularmente a las clases laboriosas, que se han visto notablemente perjudicadas en sus ingresos. Se ha impuesto un plan de hambre y de miseria sobre el sector de obreros y empleados, y se ha impuesto de prepotencia. Injusticia por el plan en sí mismo, injusticia, además, por la prepotencia que se ha desplegado para imponerlo, atropellando de este modo el derecho de intervención de los obreros a ser escuchados en el plano de la economía nacional y mundial.

También el plan de entrega al capitalismo internacional censurado por el Pontífice

Tal plan de hambre y de sometimiento de nuestros obreros es censurado como inconveniente e injusto por la "Mater et Magistra". También ha de ser censurada la entrega de nuestra economía al capitalismo internacional. El Papa denuncia primeramente la gran disimetría en que unas economías de ciertas comunidades políticas se hallan respecto a otras altamente desarrolladas. Así es sabido que mientras países como los Estados Unidos tienen un rédito de 1.500 dólares anuales por persona y consumen 9.000 calorías vegetales, otras, China, por ejemplo, tienen un rédito de 25 dólares anuales por persona y consumen 2.500 calorías vegetales. (L. J. Lebret, *Suicide ou Survie de l'Occident*, 2ª ed., p. 67). Ante esta gran distorsión de la economía de los pueblos, el Papa inculca la obligación de solidaridad y de caridad que pesa sobre las naciones desarrolladas de ir en ayuda de las menos desarrolladas, para añadir en seguida: "Pero la tentación mayor que puede hacer presa en las comunidades políticas económicamente desarrolladas es la de aprovecharse de su cooperación técnico-financiera para influir en la situación política de las comunidades en fase de desarrollo económico a fin de llevar a efecto planes de predominio mundial".

Y a renglón seguido censura el Papa dicha tentación, y dice: "Donde se verifique, se debe declarar explícitamente que en tal caso se trata de una nueva forma de colonialismo, que por muy hábilmente que se disfrace, no por eso sería menos dominador que la antigua forma de colonialismo, de la cual muchos pueblos han salido recientemente: nueva forma de colonialismo que influiría negativamente en las relaciones internacionales, al constituir una amenaza y un peligro por la paz mundial".

El Papa pone el dedo en la llaga de toda la política exterior argentina del actual gobierno, quien bajo el pretexto de la escasez del capital nacional, está entregando nuestras fuentes básicas de riqueza al usurario capital internacional, y así el petróleo, la electricidad, la petroquímica, la industria automotriz, etc., está siendo vilmente enajenado, con lo que toda la economía nacional —y con ello nuestra soberanía— queda en situación de dependencia colonialista.

Pero hay otro punto digno de destacarse en dicho documento, y que atañe al modo eficaz de defender nuestra balanza de comercio y de pagos. Es el punto que se refiere a la necesidad de defender los precios de los productos agropecuarios frente a los precios de los productos industriales. "Es verdad, dice el documento, que los productos agrícolas están ordenados a satisfacer ante todo necesidades humanas primarias, por lo cual sus precios deben ser tales que los hagan accesibles a la totalidad de los consumidores. Sin embargo, es claro que no puede aducirse esa razón para forzar a toda una categoría de ciudadanos a un estado permanente de inferioridad económico-social, privándola de un poder de compra indispensable para su digno tenor de vida, lo cual también está en plena oposición con el bien común". Lo que el Pontífice dice del sector agrícola con respecto al industrial y financiero de una comunidad nacional vale proporcionalmente para los términos del intercambio internacional entre los países que proporcionan materias primas y los que exportan productos industriales. No es justo que a aquellos no se les retribuya en forma equitativa en comparación a éstos. Por ello hay que defender eficazmente, tanto en el plano nacional como en el mundial, los precios de los productos agropecuarios. Porque si a la Argentina se le pagara como corresponde sus productos agropecua-

SEGUNDA REPUBLICA

Azul y Blanco ha cumplido una misión excepcional en defensa de los auténticos valores nacionales, conculcados ignominiosamente por el gobierno de Frondizi. *Azul y Blanco* ha denunciado semana tras semana los turbios negociados que el gobierno ha operado en los rubros más diversos, enajenando al capital internacional —en especial al judío— nuestras fuentes de riqueza. *Azul y Blanco* ha seguido con paciencia todos los vericuetos de las intrigas y maquinaciones con que el gobierno de Frondizi, en una labor tesonera y perseverante, ha ido disolviendo una a una nuestras instituciones, en especial el Ejército. *Azul y Blanco* ha alertado a la opinión pública sobre el proceso artero con que Arturo Frondizi —viejo afiliado comunista— ha ido efectuando la comunización progresiva del país. La voz recia de *Azul y Blanco*, que resonaba en todo el ámbito de la Patria, debía ser acallada. Y lo fué torpemente por la prepotencia de este gobierno hipócrita, que contó con la complicidad de todos los defensores de la "libertad de prensa". El juez Dr. Vera Vallejo hizo justicia declarando inconstitucional las medidas del Poder Ejecutivo, pero su fallo fué revocado por el tribunal de alzada. *Azul y Blanco* cayó gloriosamente después de haber combatido con intrepidez en esta hora sombría de la República.

Ahora aparece *2ª República*. Con la misma decisión denuncia el camino tortuoso de la confabulación con que el equipo gobernante maquina la destrucción de la Patria y su entrega a las fuerzas tenebrosas del gobierno mundial. Con claridad señala la necesidad de "desalojar del poder a los mencheviques mediante una legítima Revolución Nacional, o la revolución será inexorablemente marxista".

Auguramos a *2ª República* pleno éxito en la campaña que emprende con renovado empuje.

PRESENCIA.

rios, no tendría luego que salir a mendigar por todas las plazas financieras para pedir en préstamo lo que se le debió dar en justicia.

El presidente Frondizi y la "Mater et Magistra"

Los problemas políticos y económicos que tocan al vivo la realidad de la Argentina que vivimos, han sido denunciados por la "Mater et Magistra". Un sector privilegiado somete con un régimen de hambre y de trato inferior al sector mayoritario de la población. El gobierno, prestándose a la codicia inconsulta del sector privilegiado y prestándose a los manejos tenebrosos de la confabulación comunista, ha echado mano de todo su poder para imponer este plan de sometimiento y de entrega de la nación y de nuestra clase laboral.

Pues bien, ahora el presidente de la República, principal responsable de este estado de irritante injusticia, en actitud de cínica hipocresía se dirige a S. S. Juan XXIII para "dar testimonio —dice— de mi coincidencia con el pensamiento de Vuestra Santidad y reseñar el tratamiento que hemos dado a esos mismos problemas en el ámbito de lo nacional". El presidente afirma que ha consagrado sus esfuerzos a "promover la armonía social" y que ante las dificultades ha "buscado siempre la inspiración en las enseñanzas de la Iglesia".

Si se han de tomar al pie de la letra las palabras del presidente, habría que concluir que el actual plan de hambre y de entrega que pesa sobre la nación y sobre la clase laboral, y que ha sido impuesto por el presidente, está en conformidad con las enseñanzas de la Iglesia. Con ello se intenta hacer a la Iglesia cómplice de este plan de hambre y de entrega que desarrolla comunismo. Pretensión sacrílega. Porque la Iglesia, que es Madre de pueblos, se mueve en el ámbito de lo sagrado, y al igual que su divino Fundador, no tiene sino entrañas de compasión para el que sufre. Y la Iglesia en este documento cumbre que corona la serie ininterrumpida de preciosas enseñanzas social-económico-político que se vienen sucediendo desde la "Rerum Novarum", no hace sino reclamar con su alta autoridad por los derechos sagrados de los pueblos y de los humildes.

PRESENCIA.

OJO CON TUCUMAN

En Europa y América, así como en Asia, estamos asistiendo actualmente a una proletarización en masa de la clase media. En tal proceso social, podría afirmarse que cuanto más capital se acumula en manos de "capitanes de industria" y de banqueros, tanto más crece la riada de masas proletarias que han de desbordar la sociedad burguesa. Abraham Guillén, *El destino de Hispanoamérica*, 1952, pág. 366.

Si la guerra, el hambre y la sedición sobrevienen, en estos tiempos de crisis, el Estado es inevitablemente derribado. Ibid. 126.

La guerra es como otra forma de la política y la política a su vez, es el resultado de la economía. Ibid. pág. 26.

I. — *El terreno adecuado*

Tucumán es centro estratégico de consideración para una guerra irregular. Una fuerza apostada en el sur, en terreno desigual y boscoso, puede aguardar con ventaja a otra que avance a través de las salinas cordobesas. Su franja de montañas y bosques protegería una cadena de abastecimientos que la comunique con Chile, por Catamarca, o con Bolivia, por Salta. Está, así, incorporada al sistema americano. De modo que un plan subversivo para Sudamérica —no del todo hipotético, pues de él habló ya Fidel Castro—, que convierta a los Andes en otra Sierra Maestra, debe contar con esta posición, que permite operar a buen resguardo hasta el corazón del territorio argentino.

La zona del Cochuna es prácticamente impenetrable. Lo demostraron los guerrilleros "uturuncos", que actuaron en ella todo el tiempo que quisieron. Las advertencias del Tte. Cnel. Checchi evitaron que los regimientos de infantería de la V• División fueran a perderse en sus espesuras, ametrallados por un puñado de tiradores imberbes. Se resolvió cortar las posibles líneas de abastecimiento —precarias, por cierto— y las guerrillas se esfumaron, dejando en manos de sus perseguidores unos cuantos muchachos peronistas que no sabían qué pasaba ni cuáles fueron las órdenes que obedecieran.

La carne de cañón, en efecto, estaba constituída por jóvenes peronistas animosos, patriotas, alentados por esa mezcla de irreflexión y arrojo propias del espíritu aventurero, espíritu que puede determinar al héroe o al bandolero, según sea la causa que lo informe. En este caso, la causa era para ellos la de la Nación, y querían servirla de esa manera varonil y tajante, libres de los aburguesados comandos partidarios, aunque, como dije, no sabían, por exigencias de la disciplina, para quién trabajaban.

II. — *Las manos que movían los hilos*

Los comandos estaban en Buenos Aires y se componían de una extraña conjunción *fidelista* en la que unos representaban heterodoxias del nacionalismo, otros un desprendimiento "avanzado" del peronismo, y otros variadas capillas marxistas. Hasta entre esta "élite" algunos participaban de buena fe. No, por cierto, los grandes bonetes: John Williams Cooke, actual valido del régimen cubano, cuya vuelta al país se anuncia para pronto (no en las crónicas sociales, sino en cierto plan del gobierno que consiste en promover guerrillas y grupos provocadores en diversos puntos del país, para tomarlos como pretexto de la ya resuelta exclusión del peronismo en las próximas elecciones); Silvio Frondizi, avechucho marxista, agitador universitario, hermano del presidente de la Nación y del rector de la Universidad de Buenos Aires; Abraham Guillén, ex guerrillero rojo de la guerra española, llegado al país vía Moscú, autor de varios libros de propaganda revolucionaria. Guillén, por su experiencia, era el asesor militar del movimiento (lo que no le impedía ser, al mismo tiempo, asesor económico —con un cargo en el Senado— de Alfredo García, presidente de la UCRI, y de Celestino Gelsi, gobernador de Tucumán).

Este comando trazó aquí sus planes *a la cubana*, para realizar los cuales contaba con la disponibilidad de muchos jóvenes peronistas, dinero de Silvio Frondizi y armas y dinero de los gobernadores Zanichelli, Gelsi y Miguel.

III. — *"La guerra es como otra forma de la política..."*

Las impecables operaciones de los guerrilleros no causaron ninguna víctima ni más destrozo que cierta perforación de bala en la carrocería de un jeep policial. Las ráfagas de ametralladora que se cruzaron perseguidos y perseguidores no dieron nunca en el blanco, ni las declaraciones de los detenidos permitieron remontarse hasta las fuentes de las que esta considerable organización provenía. Lo único extraño que apareció en los interrogatorios fué el minucioso conocimiento que los presos tenían de las instalaciones policiales, de sus efectivos y sus movimientos. Intervino el Ejército, y las guerrillas se esfumaron. Aquí perdió la vida la revista católica *Mayoría*, por querer ocuparse del asunto, y nadie volvió a hablar de él. Nos quedamos sin saber si las guerrillas se interrumpieron porque se dió por alcanzado el objetivo con la gimnasia realizada y el relevamiento hecho del terreno, o si el plan se había frustrado al ser sorprendido Zanichelli con las manos en la masa, o por no conseguir la prevista colaboración de la FOTIA. Lo de Zanichelli más o menos se conoce. Lo de la FOTIA merece una consideración especial.

IV. — *Un proletariado flor*

La FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera) tiene, como la geografía de su provincia, condiciones relevantes para la estrategia de una guerra irregular. Es el gremio más numeroso, homogéneo y disciplinado del interior del país. Son ochenta mil hombres nucleados en centros compactos y trabados entre sí, que cubren la mayor parte de la provincia. Proletariado sin desniveles, que soporta parejamente la misma adversidad, formado por huéspedes fugaces de la gleba —heredad de sus antepasados—, sufrido, conocedor del terreno, familiarizado con el machete, levantisco, escamado con la autoridad, siempre ajena, y con los demagogos, siempre mendaces, constituyen, por todo esto, un bocado de cardenal para una empresa insurreccional cualquiera.

Cuando se normalizó el gremio, Gelsi —con mucha cautela— gravitó a favor de la fracción "peronista" de Balbino Martínez, hombre de Aramburu, que había sido su interventor. Pero prevaleció el peronismo neto, y sobre el nuevo secretariado se ejerció de inmediato la atracción simultánea —y ya sabemos que coincidente— de Gelsi y Guillén. Éste los invitó a participar en el movimiento de los "uturuncos", cosa que ellos rechazaron porque sabían quién era y a dónde iba el seductor. Gelsi gastó largas horas en cantos de sirena, ofrecimientos, confidencias; prodigó abrazos en público. Pero chocó con una firmeza moral que ya había resistido prisiones, destierro y torturas.

Estando Guillén allá —en razón de las actividades gubernativas y conspirativas que lo ligaban a la provincia—, se produjo la huelga de agosto de 1959. A la hora en que el gobernador conversaba, a la entrada de la ciudad, con un grupo de obreros que él mismo había hecho interceptar y les franqueaba amablemente el paso, un piquete del escuadrón, apostado frente al local de la FOTIA, fué provocado por un grupo de comunistas, lo que le dió ocasión de abrir un nutrido fuego contra el edificio —"tiren a matar", gritaba el jefe de policía— y dejar allí un muerto y dos heridos. Una táctica, que aún nadie advertía, empezaba a aplicarse. Desde entonces se fué dando un juego combinado de asedio a la FOTIA. Por una parte, Gelsi obtuvo del ministro de Trabajo, Alvaro Alsogaray, que le retirara la personería gremial (como Alsogaray mismo se lo confesó al secretario general, Benito Romano, y éste lo repitió en una asamblea pública). Por otra parte, Gelsi intentó, sorpresiva y espectacularmente, provocar una huelga azucarera en solidaridad con una actitud suya contra el ministro de Economía, Alvaro Alsogaray (maniobra que desbarató la FOTIA invitándolo, a su vez, a solidarizarse con ella contra el presidente Frondizi).

Insinuaciones, lisonjas, coacción, medidas irritativas —ese nuevo recurso de la política—, la izquierda y la derecha manipuleaban desde el gobierno un dispositivo de peronismo concentrado para incorporarlo en bloque a la revolución clasista. Mientras una mano vedaba al secretariado la entrada al despacho del gobernador, la otra le ofrecía pasajes para Cuba. El poder que movía a los dos bandos de la guerra invitaba a la FOTIA a incorporarse a cualquiera de ellos; y entre la coacción y la protesta, Gelsi hacía un movimiento pendular, oponiéndose al gobierno nacional para enganchar a los descontentos o identificándose con él para echar a los descontentos en manos de Guillén, Simón Campos y los agitadores trotskystas.

V. — *"...y la política, a su vez, es el resultado de la economía"*

Éstos eran episodios de un plan más vasto, cuyo ejecutor era el fa-

nático capitalista Alvaro Alsogaray. Resuelto a llevar la guerra santa de la libre empresa contra una industria desarrollada en medio siglo de protección, Alsogaray destartaló el régimen económico de Tucumán. La pobreza que aqueja a la población de todo el país adquirió allí caracteres agudos. Mientras se obtenían dos cosechas excepcionalmente ricas, el hambre desmoronaba las reservas de la clase media y estrujaba a los campesinos sin propiedad. Se hondeaban pájaros o se asaltaban sembrados para comer; se cerraron almacenes minoristas, que no podían seguir trabajando al fiado; algunos comercios de Buenos Aires levantaron sus sucursales; abundó de nuevo el servicio doméstico en la ciudad y recrudeció la emigración hacia Buenos Aires de hombres y mujeres (hasta de chiquilines, que constituían una carga insoportable para el presupuesto familiar). Todos los planes que se propusieron para paliar la situación fueron rechazados por el gobierno. La FOTIA misma elaboró uno, de gran sensatez y equidad, y el ministro Alsogaray dijo, al recibirlo, con esa franqueza tan suya, que no lo iba a considerar. El gobierno tenía su propio plan, que culminó en la "marcha del hambre" realizada por los cañeros el mes pasado. El problema del azúcar es enrevesado, es verdad. Pero la magnitud de desastre que alcanzó en Tucumán —hasta demorar este año un mes y medio la cosecha, con grave perjuicio para la producción— tiene dos causas fundamentales: la tardanza en reglamentar la comercialización, por parte del gobierno nacional, y la restricción del crédito bancario.

En esta cuadrícula hay que situar los acontecimientos actuales. El ministro Alemann devolvió la personería a la FOTIA y dió una solución de emergencia para que se paguen dos cosechas pendientes. Hizo más: concedió un aumento del 70 % a los salarios, que los cañeros se declaran ahora incapaces de pagar, lo que motiva una serie de actos hostiles por parte de los obreros, atizados por la subsecretaría de Trabajo de la Provincia. Mientras, se elabora un proyecto de ley azucarera —con la participación del diputado Liceaga— que, según lo que ha trascendido de él, beneficiará holgadamente a los patronos. Y entretanto la cosecha sigue perdiéndose en los campos porque el conflicto perpetuo impide que llegue a molerse, paralizando una vez más las máquinas y otra vez los brazos.

Es difícil imaginar un desorden mejor organizado. El juego de pinzas con que PRESENCIA, en el nº 83, caracterizaba la acción del marxismo, se da aquí en varios planos. Gelsi hace alternativamente de verdugo y de protector: cancela las audiencias de la FOTIA y nombra ministro al presidente del Jockey Club; despide al ministro y envía sus funcionarios de la subsecretaría de Trabajo a atizar el sabotaje obrero contra los cañeros (originado en una exigencia hecha a éstos por el gobierno nacional); Frondizi, cambiando la máscara industrial de Alsogaray por la máscara financiera de Alemann, mantiene un estado de insatisfacción y presión obrera, a la que Vítolo —su máscara más torva— le tapona la salida electoral. Y por su parte, el marxismo, íntimamente vinculado a Gelsi y Frondizi, azuza la revuelta, que asegurará la miseria, y por la miseria la desesperación, y por la desesperación, el "punto caramelo" del zarpazo.

Éstos son los hechos. Las versiones oficiales de todos ellos resultan contradictorias e ininteligibles. Éste es un movimiento de gérmenes patógenos que sólo se puede observar cuando se le pone un colorante rojo. No faltará, sin embargo, quien advierta que Alsogaray era un representante del capitalismo más crudo y que no puede compaginarse su gestión con un plan comunista en el que todos los movimientos están sincronizados. Sin duda que él no era un cómplice: era un instrumento. El comunismo necesita del capitalismo como la cuerda necesita del arco para lanzar la flecha: su fuerza está proporcionada a su oposición. A la máxima presión de la burguesía sobre el proletariado corresponde, en éste, su máxima capacidad explosiva. Es una enseñanza de Marx que Abraham Guillén, el asesor de Gelsi, de García y de los guerrilleros "uturuncos", aplica a nuestra situación en una de las citas del epígrafe.

También se puede alegar que Gelsi, promotor de la enseñanza de las religiones, que impuso el nombre de Ntra. Sra. de las Mercedes a la maternidad de Tucumán, adherente por decreto a la encíclica "Mater et magistra", no puede ser tildado de comunista. Yo no lo tildo. Pero yo no soy Marcel Proust para investigar qué sutiles motivaciones actúan en lo arcano de sus actos para que éstos ayuden al comunismo no siendo comunista él. Lo que digo es que al dique le están abriendo un boquete. No sé si por malicia o sólo por pasar el rato.

Conclusión

Tucumán es una muestra en pequeño de lo que está ocurriendo en el país. En este momento en que se acrecienta la inflación y se resuelve no subir los sueldos —con lo que se producirá "una proletarización en masa de la clase media"—; en que cada vez con mayor decisión "más capital se acumula en manos de «capitanes de industria» y de banqueros"; en que se habla de reducir los efectivos militares para quitar un argumento al comunismo (dándole la razón); en que se depuran las policías —con pretexto de torturas en Buenos Aires, de huelga en Córdoba, pretextos creados desde el poder— y se proyecta excluir de los comicios a la única fuerza que puede dar fundamento popular a un gobierno anticomunista, mientras se permiten otras organizaciones laterales del comunismo para servirle de válvula de escape; en el contexto de estos sucesos inexplicables que vive el país, lo de Tucumán tiene la claridad de un esquema.

Punto adecuado para una intentona similar a la de Fidel Castro, pero de más vastas proporciones, los que podrían sostenerla con su organización, su número y su pugnacidad están siendo empujados tenazmente a decidirlo. Y las fuerzas que presionan de uno y otro lado parten ambas del equipo gobernante. Villalba, Romano, Leito, Zelarrayán y Pasayo, los cinco secretarios de la FOTIA, están conjurando la intentona del comunismo para tomar una posición que puede resultar decisiva. Con su sentido del rumbo, con su patriotismo, con su lealtad a las tradiciones del pueblo, ellos hacen más méritos en la lucha contra el comunismo que muchos especialmente obligados a ella por razones profesionales. Creo que algún día andaremos por calles que lleven sus nombres. ¡Ojo con Tucumán!

DOMINGO DEMARÍA.

¡ESCUCHAME, SOLDADO!

Ésta es una sección para ti, camarada. Vamos a tratar —mediante este contacto quincenal— de ponernos en claro acerca de los miles de temas que a diario abordamos —muchos de ellos sin entenderlos— en nuestras unidades de destino. Lo haremos en un tono de exagerada sinceridad, de modo que el evento no sólo sirva para nosotros, sino que permita advertir a toda la ciudadanía que quienes hoy servimos en las FF. AA. tenemos la íntima preocupación por saber algo del destino nacional, que por otra parte nos es común. No te alarmes, camarada, si hablamos de política. Es verdad que ello, técnicamente, está vedado por los RR. MM. que nos agobian, pero también es verdad que desde "bípedos" se nos viene hablando de política y/o haciéndonos servir a la de turno en la República. No vamos a determinar si esa transgresión en los hechos está bien o está mal, si es conveniente o si es inconveniente, si es necesaria o inútil. Por ahora esa discriminación carece de todo valor. Nosotros —especialmente nosotros— nos manejamos con hechos. Y tanto tú como yo sabemos que la logística de la hora está signada con un irremediable hecho político. Si incluso nuestros planes de instrucción actual —guerrilla, contraguerrilla— están vinculados a la política, va de suyo que para que aquéllos sean realmente eficaces, quienes los tenemos que elaborar o enseñar no seamos ignorantes de la política, porque de lo contrario corremos el riesgo de equivocar la mejor ruta del acierto. Por otra parte, ya es un lugar común en los planteos políticos hablar de las FF. AA. como "factores de poder" o "elementos de presión", con lo cual se les asigna a las mismas una clara intervención en el quehacer político nacional. Finalmente —y con marcada intensidad en estos últimos cinco años—, le fueron asignadas a las FF. AA. virtuales misiones políticas —no siempre simpáticas y acertadas—, así como le fué atribuída decisiva influencia en resoluciones de trascendencia nacional. Todo esto constituye un cuadro de situación que nos obliga a pintar la carta con acierto, para lo cual tenemos la necesaria obligación de saber algo más de lo que sabemos acerca de la política.

No creas, camarada, que éste es un convite golpista. Ya es mayúsculo el mal que a las FF. AA. y al país le han causado las revoluciones —tanto las triunfantes como las fallidas—, como para insistir en el empeño. No es por esa vía sola cómo vamos a resolver el dramático conflicto contemporáneo. Debemos convencernos que una chirinada podría agravar las cosas en medida imprevisible. No me juzgues, por lo expuesto, como frondizista vergonzante. ¡Cuidado, camarada, con los rótulos apresurados! Una cosa es sostener el orden —aun este orden desordenado—, y otra apoyar a quien, cual alga flotante, fué escogido por el destino para presidente de la República. No nos quedemos en la anécdota, vayamos al fondo de este intrincado problema.

Aquí, en nuestro país —y esto ocurre a pesar de la voluntad de todos— van polarizándose frentes de lucha en que nos vamos envolviendo. Esa polarización tiene expresiones muy notorias; una de ellas es la virtual pérdida de vigencia de expresiones y sustantivos que usamos en nuestro léxico diario. Más de una vez, en la soledad de una guardia aburrida, te habrás preguntado —como lo he hecho yo— qué significa hoy en la Argentina ser radical o conservador o socialista. Y habrás llegado a darte respuestas desconcertantes. Hay un partido que se titula intransigente, y ha transigido con todo y con todos. Los otros se han deshecho en

pañeros, tanto que hoy nos resulta dificultoso identificar a las facciones. Y sin embargo, es con esos ingredientes, que hoy nada dicen ni representan, cómo se nos quiere envolver en lo que maliciosamente se ha dado en llamar la "defensa de Occidente". ¿No se te antoja un poco tonto todo eso? Todos nosotros tenemos el alma infectada de odios tontos. Toda la prédica de nuestros mandos se ha orientado a sembrar en nuestros espíritus la pugna ideológica. Todos aquellos que se encolumnen en ese bando son químicamente buenos, y todos cuantos se alineen en frente son irrevocablemente malos. Estamos, así, todos envenenados. Lo advertimos sin mucho esfuerzo, cada vez que en función de servicio alguno de nosotros tenemos que pronunciar alguna arenga. No expresamos una sola idea, sólo destilamos odio. Seguir así es peligroso y en cierta medida injusto. Si es que realmente estamos en lucha —como se nos repite a diario—, debemos comprender que en esa lucha va, incluso, nuestra propia razón de ser, de ahí que si equivocamos la dirección de nuestra marcha, correremos el riesgo de quedarnos con las espadas vacantes. A varias FF. AA. de otros países americanos les pasó lo mismo, por padecer nuestro propio mal. Y porque entiendo que aún estamos a tiempo como para evitar ese riesgo, es que me impongo la necesidad de dialogar con tu conciencia.

Siempre fuimos las FF. AA. un factor de equilibrio dentro de la política activa del país. Ahora se nos ha hecho perder ese equilibrio y fuimos embanderados. Ya no somos las FF. AA. de la Nación Argentina, somos las FF. AA. de una bandería. Y eso, camarada, nos aflige a todos y nos preocupa a todos. Yo sé —como sabes tú, camarada— que ningún oficial argentino, voluntaria y conscientemente, desea poner su sable al servicio de una iniquidad. Pero corremos el riesgo de así hacerlo por desconocer obviamente los ingredientes que se utilizan contemporáneamente en la faena política.

Un ejemplo te pondrá en claro de mi pensamiento. En septiembre de 1955 se produjo en el país una revolución. A ti y a mí el hecho subversivo nos sorprendió en el servicio. No interesa relatar aquí todo lo que tú y yo vimos por entonces. Sólo conviene recordar que la conspiración que precedió al hecho de armas aglutinaba adhesiones y movilizaba voluntades alrededor de dos hechos que agredían nuestra sensibilidad argentina: el conflicto religioso y los contratos petroleros de la California. Ambas cosas nos parecieron tremendas, como tremenda nos parece ahora la burla de que fuimos objeto. Quisimos —tú y yo y muchos— realizar una revolución ética, por eso hablamos de honestidad y pintamos la Cruz de Cristo en nuestras unidades rebeldes. Los hechos nos darían una prueba irrevocable de nuestra ingenuidad, que aún seguimos padeciendo y que aún se nos sigue explotando. Porque a poco del triunfo revolucionario —y no lo olvides nunca, camarada— surgieron a nuestra vera los eternos aprovechadores, que con sutileza explotaron nuestra buena fe, y junto con nuestro desplazamiento —que fué lo menos— desplazaron el objetivo de la revolución, que fué lo más. Fué así que aquella revolución de "no hay vencedores ni vencidos" se transformó en el "reino de la revancha" más inescrupulosa y torpe de nuestra historia. Todo ese escamoteo —tremenda mentira enmascarada— se hizo al son de melodías que explotaban nuestra ingenuidad: la restauración de la democracia y la instalación de un estado de derecho. En nombre de ambas consignas se nos empujó hasta el fusilamiento de nuestros propios camaradas, haciéndosenos creer que en esa actitud iba inscripta una misión histórica. En esa tremenda tramoya —que sustituyó a los revolucionarios por los arribistas— fuimos metidos todos los servidores de las FF. AA., a quienes se nos sometía periódicamente —para tenernos así agrupados íntimamente— al peligro de la restauración del régimen caído, con lo cual se nos asignó el deplorable papel de gendarmes, una especie de guardia pretoriana del nuevo orden instaurado. Mientras nos entreteníamos —casi deportivamente— en la ocupación de estaciones, bancos, caminos, etc.; mientras vivíamos diariamente recargo de servicios, estados de alerta, refuerzos de guardias; mientras estábamos ocupados exclusivamente en organizar la represión inminente de un inminente golpe restaurador, los aprovechados —políticos y financistas— hacían su agosto, y aquella revolución ética se convirtió —con nuestra tonta complicidad, con la tuya y con la mía— en una revolución política y económica. La revolución defensora de la Fe de Cristo entregó a las izquierdas la educación del país, y la revolución defensora de la soberanía del petróleo preparó las condiciones actuales de la presente enajenación de la República. ¡Cómo han de reírse de nosotros los artífices de ese tremendo hurto! ¡Qué papel deslucido hemos hecho para la historia!

El recuerdo de septiembre —expuesto en apretada síntesis— es actual, porque ahora estamos frente a un nuevo escamoteo, que sólo podrá ser efectuado si se cuenta con nuestra colaboración. Pongámonos, pues, en guardia. Dije antes que hay en formación en la República frentes de lucha. Algo así como líneas operativas contrapuestas. Una de esas líneas es la liberal. Acuérdate bien del nombre, porque aunque no se exhiba como tal, opera, en cambio, como tal. Puede que se llame de otra manera, forma práctica de ocultarse. Pero mírala operar y descubrirás que es siempre la línea liberal. Esa línea importa la vigencia de una estructura capitalista aguda, con olvido de toda concepción social. Esa línea —aunque no lo dirá, desde luego— significará el amparo del privilegio, así como la subordinación de toda nuestra riqueza al perverso capital internacional. Y por ende, la pauperización popular más angustiosa. Los que sostendrán esa línea encubrirán sus propósitos finales con declamaciones democráticas, y en términos generales serán los continuadores de la actual faena iniciada y emprendida por el actual gobierno del doctor Frondizi. Este ya ha puesto en marcha esa línea, mediante el artilugio de llevar a los puestos clave de su gobierno a elementos surgidos del más rancio conservadorismo. Para que la línea pueda estructurarse se ha inventado la teoría de "la coincidencia", palabrita ésta sustitutiva de la "integración" con la que se asaltó el poder en febrero de 1958. La "coincidencia" va a permitir una especie de nueva Unión Democrática, en la que formarán fila la U.C.R.I. —luego de soportar sucesivas amputaciones—, el conservadorismo, la U.C.R.P., y presuntivamente el Socialismo Democrático, partido éste que está en vías de liquidación, de ahí que para evitarlo tendrá que aceptar esa alternativa sin gloria y sin honor. Abanderado de ese frente, y por ende postulante indiscutido para la sucesión presidencial de 1964, será el general Aramburu. La presencia de este general al frente de la operación tiene diversos sentidos. El primero, aprovechar nuestra ingenuidad. Aquí viene, camarada, el comienzo de la maniobra. Se exaltará nuestro orgullo como institución, exhibiéndonos a diario las virtudes del "prócer libertador". De paso se arrastrará a la combinación a los radicales del Pueblo quienes tanto tienen que agradecer al ex presidente provisional. A este frente le prestarán fuerte apoyo los grandes consorcios internacionales, y la música de fondo la orquestará la gran prensa del país, que no perderá ocasión de anoticiar a la población los más mínimos movimientos del "jefe in-

ARTE POETICA

Lo primero, guardarte
de hablar más de política,
y también de hacer crítica
de vidas o de arte.

No discutas tampoco,
que el mal es para ti.
Ellos perderán poco.
Diles siempre que sí.

Vigila a la poesía
y atranca bien la puerta,
que la moza es despierta
y se irá el mejor día.

No escribas a capricho
ni al azar, no te fíes
de Apolo; *nulla dies
sine linea*. Bien dicho.

Pero de vez en cuando
—al fin de cada invierno—
echa al fuego el cuaderno,
sal a pasear silbando.

Deja al orfebre adverso
con ese humo que él labra.
Labra tú la palabra
en carne, y ritmo... y verso.

Ten abierto un abismo
entre ti y tu cofrade.
No vayas a la Sade
ni a la otra: son lo mismo.

Haz hijos, y hazlos buenos,
cuida el peculio escaso,
planta un cedro si acaso.
El libro es lo de menos.

Deja a la gloria quieta.
No te inmute su agravio.
Para ella es Sartre sabio,
Neruda un gran poeta.

Y que siga ignorada
tu firma, y aun proscrita.
Que esté allá arriba escrita.
Todo el resto no es nada.

LISARDO ALONSO.

discutido". Las consignas de enmascaramiento serán las de siempre: "defensa de Occidente", "preservación de las democracias", "lucha anticomunista", "desarrollo del país", etc. Prometerán —al igual que lo hizo el doctor Frondizi— el oro y el moro, e incluso, para amortiguar la resistencia, harán de cuando en vez algún llamado al antiimperialismo. Poseedores del poder, y con fondos a discreción, podrán introducir toda la confusión que les sea necesaria mediante la difusión de falsas noticias. Cantarán loas a las FF. AA., "vigilantes y atentas defensoras de las tradiciones nacionales", forma difusa que servirá para que cada uno de nosotros entendamos defender lo que sentimos, y se mostrarán adheridos, asimismo, a la "vieja fe de nuestros mayores", a fin de lograr el concurso de esa legión de católicos bien alimentados y concentrados en un barrio muy caracterizado de la ciudad. Se perseguirá así establecer en la práctica una alianza militar-iglesia, cuya exteriorización ha comenzado ya con la sugestiva presencia en masa de nuestros generales en las ceremonias de Corpus Christi, que mereció una amplia publicidad de nuestra prensa. Esa mezcla —sin decirlo cabalmente— actuará como la "derecha del orden" y librará sus batallas iniciales en las elecciones de 1962, con el fin de obtener las posiciones básicas necesarias para el gran encuentro del 64.

Todo este enorme aparato político, sin embargo, —y la actual experiencia nos lo viene demostrando—, tendrá como finalidad el ocultar una grave operación económica, cuya ejecución ya está comenzada. Para completar los impactos dirigidos a nuestra sensibilidad, dirán con frase elocuente su respeto a la Constitución —a la que burlonamente la calificarán como "suprema ley de la República"— y harán referencias concretas al federalismo. Por supuesto, denostarán contra el "totalitarismo nacionalista", especie de chivo emisario de todos los errores y angustias anteriores, y finalmente encontrarán comunistas por doquier, manera, esta última, muy fácil de sumirnos en el pánico más acuciante. En el plano económico, persistirán en el "gran cambio", en "la libre empresa" y en el "neoliberalismo", recetas ya en uso y acerca de cuyas virtudes prácticas son suficientes los resultados ya obtenidos. Esa dirección económica fomentará la sumisión nacional a las fauces financieras internacionales, único remedio —se nos repetirá—, atento a nuestro estado presente de descapitalización y de quiebra nacional. Sin embargo —y escúchame bien, camarada—, el triunfo de esa línea o de ese esquema, como se dice ahora, no hará más que acelerar la comunización del país. Y ello porque ese frente sólo podrá triunfar con fraude, fraude que para su consumación necesitará nuestra imprescindible colaboración. Sin el apoyo de las FF. AA. ese frente no triunfará. Recuerda bien, camarada, este presagio. Seremos, así, virtualmente los más calificados responsables del "gran fraude".

Para engañarnos, se nos exhibirán peligros más hipotéticos que reales. Lógicamente —y es obvia la referencia—, lo primero que se explotará es el auge del "fidelismo". Sobre esto no tengas dudas. La Revolución Cubana será el gran caballo de batalla de ese frente. Después —como se ha hecho hasta ahora— se nos dirá del peligro peronista. Finalmente, el último fantasma será el nacionalismo intransigente, al que lisa y llanamente se le calificará de totalitarismo. Para frenar esos peligros habrá de requerirse nuestra colaboración, la que será bautizada de "altamente patriótica". Volveremos, pues, al "fraude patriótico". Ese fraude radicará sustancialmente en la continuada vigencia de las proscripciones políticas. Pero como resolverlo así será torpe y además peligroso para los partidos políticos, las proscripciones tendrán que aparecer como imposiciones de las fuerzas armadas. ¿Te das cuenta, camarada, de la trampa? Todos los partidos políticos, tal cual lo hacen ahora, gritarán a los cuatro vientos la necesidad de "hacer el juego limpio de la democracia", y así salvarán su ropa y prestigio. Tendremos que ser nosotros los que impondremos el juego sucio de las proscripciones, para salvar así —se nos dirá— a las instituciones de la República. Para mejor convencernos de nuestra "misión histórica" se producirá algún ruido de sables, así como el oportuno descubrimiento de algún complot subversivo.

Paralelo a esos descubrimientos, en cada una de nuestras unidades circularán profusamente los boletines del Servicio de Informaciones, plagado de diarias revelaciones truculentas. La preparación psicológica será así perfecta, para el momento de nuestra entrada en acción. Tú y yo sabemos que efectivamente el fidelismo crece. Pero tú y yo no debemos ignorar las causas de ese lamentable crecimiento. Porque si seguimos teniendo esa ignorancia —y hay mucho interés en que la tengamos—, no podremos evitar ser empleados en la tramoya que denuncio. Para evitar nos pase lo que pasó en Cuba es menester impedir ocurra aquí lo que allí pasó. Tú y yo recordamos bien la alegría que corrió por las FF. AA. cuando triunfó la Revolución de Fidel. ¡Cómo se festejó la caída de Batista! Me gustaría que dijeras qué piensas concretamente hoy de aquella alegría. Y me gustaría me dijeras de qué le sirvieron a Batista sus FF. AA. y sus armas, que, como las nuestras, eran provistas por los norteamericanos. Batista —hoy lo debemos ver claro— representaba los mismos intereses financieros que hoy están operando en nuestro territorio nacional. Esos intereses financieros se movían allá con la complicidad de la dictadura antipopular, y aquí se mueven con la complicidad de una democracia igualmente antipopular. A esos intereses no les interesa el régimen político, sino sólo el negocio. La Banca Loeb fué la que financió la Revolución Rusa de 1918, y ahora financia el plan de "desarrollo y recuperación", succionándonos el petróleo mendocino. Por ese camino vamos al empobrecimiento paulatino, que es el mejor camino del fidelismo. No te voy a abrumar con estadísticas, porque ellas sirven generalmente para sostener cualquier tesis, pero piensa en los gastos de tu propia casa de hoy y compáralos, por ejemplo, con los de 1955, y me dirás, con tu mejor experiencia, si no te estás empobreciendo. Y mientras tanto a tu lado y a mi lado hay quienes se enriquecen en medida supersónica. ¡Cuidado con el empobrecimiento colectivo, porque eso puede acarrear hambre! Y cuando haya hambre, aquí también puede ocurrir lo de Cuba. Porque la Revolución de Cuba es la revolución de los hambrientos. Te recomiendo leas el libro "Escucha, yankee", del profesor norteamericano Wrigt Mills, para que tengas conciencia del problema y del peligro. Si el fraude triunfara por nuestra ayuda, va de suyo que luego lo tendremos que sostener. Y ése será nuestro más triste destino, sin asomo de gloria.

Yo sé que tú y yo y todos nuestros camaradas somos anticomunistas, pero serlo no importa ser tonto instrumento de la ceguera liberal. Medita, mi camarada, en nuestra propia experiencia de estos últimos años. Hace cinco años largos que estamos en actitud agresiva. Hemos ocupado sindicatos, atropellado a la C. G. T.; movilizado gremios; nuestros soldados manejaron tranvías, ómnibus y trenes; tomamos a nuestro cargo tareas bancarias; profanamos cadáveres; quebramos con nuestros tanques las verjas de los frigoríficos, substituímos a los estibadores del puerto; implantamos el plan Conintes; juzgamos con nuestro escaso saber jurídico a centenares de ciudadanos a quienes arrojamos en las cárceles de la República; removimos gobernadores de provincias, ministros del P. E., altos funcionarios de la administración; practicamos allanamientos, requisas, detenciones, y según algunos —tú y yo nos resistimos a creerlo—, sometimos a argentinos a apremios ilegales. ¡Qué sé yo todo lo que hicimos en estos cinco años! Y todo ello —tú lo sabes tanto como yo— con mengua de nuestra idoneidad profesional, tremendamente resentida. ¿Para qué nos valió todo eso? Las fuerzas a las que técnicamente combatimos se han enconado aún más —esto es lo más grave— y han empezado a transferir sus banderas al comunismo, a quien así le hemos hecho el más grande favor. ¿Advertís ahora, camarada, todo lo que nos hemos equivocado? Ahora nos vienen a convidar para rematar esa tuerca. ¿Seremos otra vez tan torpes como para servir de instrumentos en esa operación? Esta oportunidad no puede resultarnos fallida, de ahí que no debemos equivocarnos. Ya nos hemos equivocado muchas veces, y por ello llegado al ridículo y al desprestigio. Esto yo y tú lo sabemos y lo palpamos. Nadie o casi nadie nos quiere. Tanto sentimos la indiferencia popular, que ya ni siquiera vamos de uniforme por las calles. Y como remate de todo eso, se nos está haciendo servir a las causas más despreciables y se nos convoca para sostener tramoyas electorales antipopulares.

Piensa, camarada, que a ese frente liberal se le habrá de oponer un frente rojo, que será tanto más fuerte y peligroso cuanto más impidamos nosotros los hombres de las FF. AA. la sana instrumentación de un frente nacional. Y como casualmente en este frente nacional se alineará necesariamente todo aquello que hace cinco años se nos ha enseñado a odiar implacablemente, podrás apreciar el tremendo dilema en que fuimos metidos por la habilidad aceitosa, por una parte, de los políticos, y por la torpe incapacidad, por otra, de nuestros mandos naturales. Toda esa gama combinada de revancha, persecución y odio ha empezado a dar sus frutos. Añatuya es una especie de alerta que no debemos desoír. Si, como es verdad la expresión del Evangelio: "Por los frutos se conoce el árbol", puedes medir, camarada, los frutos de nuestro árbol político. ¿Te empecinarás, camarada, en una actitud que acusa tamaño resultado? Sé lo que ahora estarás pensando, camarada. Pero te vuelves a equivocar, por no mirar al cielo, sino a la tierra. No le estoy haciendo el juego a Perón. Perón es un hecho históricamente terminado. Definitivamente terminado. Irrevocablemente terminado. Te diré más, que es biológicamente terminado. No sea que por causa del árbol dejemos de mirar el bosque. Y eso no lo debemos hacer. Tenemos que saber para quién luchamos. Porque a lo mejor sin quererlo, tú y yo y todos estamos siendo instrumentados para mejor servir al peligro rojo. ¿Me entiendes, ahora? Debes, camarada, entenderme, porque —y esto es ya terminante— ésta es la única y la última oportunidad que Dios nos ofrece para aprender.

Hasta la próxima.

MARIANO VILLANUEVA.

PARA UNA SOCIOLOGIA DE LA NACION

Damos término en el número de hoy a este delicado ensayo sociológico en que el Dr. Federico Ibarguren señala las notas esenciales de una auténtica nación. (N. de la D.).

VI

No hay nación real sin Equipos corporativos, sin escuela de Clases dirigentes.

Muchos países nuevos de América, intoxicados de liberalismo, creen que el régimen corporativo fué necesariamente impuesto desde fuera, mientras Europa estuvo sometida a la excecrable dictadura fascista, antes de 1945. ¿Cuestión de falta de libertad, en suma? Se equivocaron aquellos compatriotas una vez más, al no advertir la pasión sectaria, el rencor político circunstancial instrumentado por la propaganda, interesada siempre en denigrar al adversario con adjetivos truculentos, lapidarios, de grueso calibre. ¿Fascismo?...[2] ¡Bah!

Los pueblos bien cohesionados durante siglos fueron siempre *naturalmente* corporativos; y no porque les gustó la agremiación de tal o cual profesión u oficio más que la libertad ideal de trabajo. Cada hombre pugnaba allí por su vida como las abejas o las hormigas, ayudándose los unos a los otros: *en defensa propia* (a saber: luchando el sindicato contra la competencia desleal, en garantía de un mejor salario obrero pactado en el contrato colectivo de trabajo; ora en favor del seguro sindical obligatorio, ora creando a la vez dispensarios gratuitos para los socios agremiados, etc., etc.). El corporativismo sistematizado no se impuso, según se ve, por capricho "ideológico" en las viejas naciones de occidente. Implantóse —al principio de hecho, más tarde de derecho— por Necesidad social, toda vez que el gremio, a más de proteger al trabajador de oficio, *lo instruirá* artesanalmente en su carrera profesional hasta alcanzar el grado máximo de maestro: premiando así su eficiencia artística, por cierto (y hasta asegurando, en cierto modo, al consumidor la perfección del producto).

Cosa parecida ocurre también con las Clases dirigentes nacionales. Las comunidades que mantienen enhiestas sus genuinas tradiciones y el autogobierno de hecho frente a terceros (o sea la "soberanía"), pueden darse este lujo —aun dependientes circunstancialmente en el terreno financiero— cuando practican el principio Aristocrático del mando ejecutivo (basado en el arraigo moral de sus estadistas con *conducta patriótica:* que no obran, así, desaprensivamente, con improvisación o resentimiento demagógico). Vale decir, lo siguiente: los elencos de altos funcionarios del Estado con graves responsabilidades públicas requieren una *preparación especial previa*, habilitando de verdad a los periódicos representantes de la nación con Experiencia política. Los famosos y muy racionalistas "Derechos del Hombre" no bastan cuando se trata de defender el destino de la heredad común amenazada, pues en tal caso no hay "igualdad teórica" que valga ante la perentoria lucha por la vida que impone a los más capaces. Como en la vieja Roma republicana (la cual jamás fué ni "liberal" ni "democrática"), existe todavía hoy en la Gran Bretaña del siglo XX un severísimo "*cursus honorum*" para los aspirantes al cargo de ministro del Imperio. Esto está muy bien (al margen, desde luego, de la estupidez ideológica moderna que ha transformado el régimen democrático en obligatorio "chaleco de fuerza" universal).

¿Cuál será, entonces —en este mismo orden de ideas—, la receta para el futuro gobierno del mundo? ¿Habrá que elegir, como siempre: entre la secular experiencia de remozadas Aristocracias (en sentido aristotélico de *equipo apto, seleccionado, con miras al bien común de cada pueblo*), o el afiebrado oportunismo de corrompidos aventureros que demagógicamente *se venden*, tiranizando a los pueblos...? ¡Hélas!

No hay nación real sin Equipos corporativos, sin escuela de Clases dirigentes.

VII

La Tenacidad edifica las naciones como si fueran Catedrales. ¿Ejemplos? Vaya éste europeo, de gráfica muestra para el caso:

Un peregrino medioeval con alma de Marco Polo, que volvía del Oriente, llegando a una ciudad de Francia sorprendióse al reconocer —ausente un año de allí— a un muchacho, el cual continuaba su tarea de dar pulimento a un pesado pedrón de formas irregulares. Compadecido el peregrino de él, interrogóle: "Qué grave delito purgas, picapedrero? ¿No es ésta la misma peña que golpeabas cuando pasé en dirección a Jerusalén, hace ya doce meses largos?". Por un momento el joven dejó su martillo, y mirando al intruso con desprecio, respondió: "Extranjero: ¡Estamos labrando una Catedral para nuestro pueblo, comenzada cien años atrás por mis tatarabuelos!".

Así, el trabajo, cuando tiene sentido nacional —por duro que resulte— y se ejecute con finalidades trascendentes (no por ganar dinero, simplemente), es una *liberación* para el hombre; rara vez una carga. Pero para lograr este prodigio el pueblo todo debe enamorarse de la grandeza de la obra en proyecto; necesita conocer a grandes rasgos sus recónditos objetivos, invisibles a primera vista; ha menester —además— de una Fe colectiva (vital, continuada), para ofrecer —leal a sus directores— el paciente esfuerzo personal a la Esperanza... que siempre hace milagros. Y el pueblo a quien se le pide tanto esfuerzo quiere —como es lógico— participar también del drama. Ser socio solidario: en las pérdidas como en las ganancias. Tiene derecho —en suma— a "*saber de qué se trata*". Que se le diga: "Vamos todos a edificar nuestra estupenda Catedral para la Historia, no importa en cuánto tiempo"; en lugar de ordenarle por la fuerza: "Vé, atorrante, a picar piedra por toda la vida; luego yo haré mi Catedral propia una vez que hayas muerto".

Sin una concreta *pasión popular vivida* jamás podrá darse en ninguna parte la necesaria Tenacidad en el trabajo conjunto de los hombres; ni alcanzarse —con sacrificio— ningún objetivo nacional grande, compartido, auténtico, difícil (igual en el presente que durante la lejana Edad Media del cuento).

VIII

La Tenacidad edifica las naciones como si fueran Catedrales.

Las comunidades fuertes poseen un pueblo, si no homogéneo en la raza, al menos Solidario para la libre empresa nacional. Eso no lo dicen sólo los manuales. Está en la naturaleza misma de la convivencia colectiva.

Los países se hacen "desde afuera y no desde adentro" (enseñaba el talentoso español Ortega y Gasset hace algo más de treinta años, en su ensayo "España invertebrada"). Y bien, la tesis de Ortega referíase especialmente al *Estado*, cuyo instrumento extrínseco de maniobra opera mediante el poder político coactivo (de afuera para adentro). Por contraste a este proceso "estatista" el crecimiento de la *Nación* como tal es inverso: de adentro para afuera. Diríase que en tanto la *Nación* va desarrollando su estructura con la lentitud propia de los vegetales —con fundamento en la Tierra—, el *Estado* prospera como una máquina: dirigido por la abstracta Inteligencia dominadora del hombre, hoy emancipada casi de toda galladura telúrica. El filósofo de la historia Arnold Toynbee resumiría así la apuntada diferencia, en su lenguaje de especialista: "Siempre será el *Estado* (sexo masculino) quien lance los agresivos "desafíos" sociológicos; la *Nación* —por vía compensatoria— incubará invariablemente (cual fecundo vientre materno) todas las "respuestas" a aquellas engendradoras, estimulantes provocaciones históricas.

¿De qué manera se manifestará ésta en concreto "hic et nunc"?, preguntamos ahora nosotros. Pues bien... bajo el infalible signo de una férrea, indoblegable, heroica Solidaridad nacional: aun entre razas heterogéneas y hasta mediando a menudo desigualdad de clases. No hace falta para ello que el cien por ciento de la población nativa sea pura de "pedigree". Bastan unos cuantos —muy ceñidos para el caso— *puntos de sutura* para que el milagro de la Unidad se produzca en el pueblo, con todos sus efectos benéficos consiguientes: religiosos, culturales, éticos, políticos, económicos, sociales, etc. Cuando el lazo vinculatorio de referencia no prende en el alma herida de la patria, entonces sobreviene —como único seguro de supervivencia— la elefantiásica dictadura del Estado contemporáneo (sea política, sea económica). Y ábrese la era ineluctable de los *totalitarismos deshumanizados*: enemigos del espíritu, de la nación, de la historia, del hombre; de todo aquello que fué creado por Dios, con ese sello tan "anti-ideológico" suyo —de la sana naturaleza original— siempre vivificándose en cada primavera.

Las comunidades fuertes poseen un pueblo, si no homogéneo en la raza, al menos Solidario para la libre empresa nacional.

IX

El hombre, ¡hélas! —creatura dual—, buscó siempre independizarse de la nación histórica; hasta ahora por tres distintas vías liberadoras: la Fe, la Razón, la Técnica. Repítese aquí —a mi ver— la incitación de la serpiente bíblica imantando a nuestros primeros padres, Adán y Eva (munidos de libre albedrío), con aquel célebre: "seréis como dioses". ¡Tentadora proposición!

Y bien, el ser humano (hecho a "imagen y semejanza" del Creador) no quiere así nomás renunciar a su esencia divina; vivir humilde y sujeto a las leyes de la naturaleza que él corrompió pecando; someterse, en fin, a las pautas deterministas del tiempo, de la vejez, de la muerte. En una palabra: le horripila vegetar —parásito sobre la Madre tierra— a la manera de los animales, los minerales o las plantas. Tal es, sintetizando, el drama del hombre espiritual rebelado contra la circunstancia que lo opri-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Independencia 1194 — T. E. 26 - 3265

Dirige JULIO MEINVIELLE

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 10.—
Suscripción a 10 números .... $ 100.—

me hacia abajo, desde el nacimiento, con hercúleos tentáculos de pulpo. La *persona* en guerra eterna con el *individuo*, de cuyas pesadas inercias aquella sustancial entidad ordenadora del ser (según el "tomismo") no podrá ya divorciarse jamás.

El conflicto de referencia, sin embargo, ha tenido diversas soluciones positivas a través del tiempo, en el curso de la historia europea de ayer y de hoy. A saber, en proyección cronológica:

1) El salto de lo nacional a lo sobrenatural (nuestra auténtica *dimensión vivificadora*), por medio del ACTO DE FE: aéreo puente invisible que alimenta —desde arriba— el instinto de eternidad que hay dentro del angustiado corazón humano. He aquí la fórmula universal por antonomasia, la católica respuesta a todas las limitaciones terrenas que viene dando la *Hispanidad* al mundo desde hace aproximadamente cinco siglos.

2) El acabamiento de las milenarias ataduras tradicionales (nacionalismos, autoritarismos, religiosidad heredada), empleando cada cual el ACTO DE RAZÓN LIBRE (la famosa "duda metódica" del implacable Descartes). ¡He aquí el ecuménico brinco hacia una "Humanidad" progresista, intelectualizada, sin fronteras! Ideal *masónico* que está implícito —por añadidura— en toda la difundidísima *cultura francesa* contemporánea... de exportación (siglos XVIII y XIX).

3) Por fin, la lograda unidad del anarquizado planeta por la PLANIFICACIÓN TÉCNICA, progresivamente mecanizada (sin dioses, sin patrias concretas, sin historias lugareñas). Fruto postrero éste del racionalismo cientificista europeo de fines de la pasada centuria. El alucinante injerto prendió con poderoso impulso positivista en la *plutocrática Norteamérica* de hace aproximadamente cincuenta años, y ahora vuelve a actualizarse con mayores bríos agnósticos —cual dogma laico redentor— por el bárbaro ("mesiánico") *materialismo dialéctico ruso* de nuestros días. Tal aplicación, "tecnológica" de la ciencia deshumanizada moderna, ¿será acaso la próxima y final solución victoriosa del Anticristo?

El hombre, ¡hélas! —creatura dual—, buscó siempre independizarse de la nación histórica, hasta ahora por tres distintas vías liberadoras: la FE, la RAZÓN, la TÉCNICA.

X

COLOFÓN PARA ARGENTINOS:

"...un hombre loco fabricó su casa sobre arena: y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; la cual se desplomó, y su ruina fué grande". *Mateo (21, 26-27).*

FEDERICO IBARGUREN.

[1] Mussolini habrá hecho mala política en Italia; pero en el frente del Trabajo fue un creador (mejor dicho: un "restaurador").

INQUIETUD EN EL EJERCITO

El régimen especial previsto en el plan militar denominado "Conintes" fué implantado en momentos en que se realizaban actos de la más diversa índole y se cometían atentados terroristas que provocaron explicable inquietud en todo el país.

Al ejercitar las atribuciones que le confiere el referido plan, cuya aplicación dispuso por decreto el Poder Ejecutivo en marzo de 1960, el Ejército consiguió descubrir a los organizadores y autores de muchos atentados y al mismo tiempo evitar que se cometieran otros que estaban en preparación.

El Ejército, por su situación de tener guarniciones en todo el territorio nacional, pudo formarse un cuadro completo y detallado no sólo de las actividades terroristas, sino también de la corrupción imperante en las más diversas actividades del país.

Esta circunstancia convirtió a la institución en un valioso factor de poder, que le permitió aconsejar y sugerir al Poder Ejecutivo las medidas conducentes a asegurar la paz interior y el imperio de la Constitución democrática, como así también medidas para moralizar la función pública.

Esta conducta de proposiciones y sugerencias observadas por los mandos no respondía, pues, a una actividad caprichosa o a ambiciones de poder, ya que en todos los casos estaba respaldada por una posición jurídica establecida por el Poder Ejecutivo. El Ejército no hacía más que cumplir con su misión establecida en el decreto Plan Conintes.

La constatación de la infiltración comunista en todos los órdenes del país, incluso en los organismos del gobierno, provinciales y nacionales, fué uno de los resultados más sorprendentes y concretos de la actuación del Ejército. Esta circunstancia motivó una creciente inquietud del cuadro de oficiales, la que se puso de manifiesto en diversas formas dentro de la institución y que culminó con lo que la prensa calificó de "planteo" del 12 de octubre de 1960.

En esa oportunidad, el Ejército, por intermedio de sus mandos, puso de manifiesto la gravedad de la situación interna en el orden político, social y moral frente al avance comunista, y señaló la falta de claridad en la conducción de la política internacional y su repercusión en el orden interno.

Esas proposiciones, realizadas dentro de los legítimos derechos que confería el estado "Conintes", fueron desfiguradas intencionadamente, desvirtuándose el fondo del problema presentado. Así fué cómo un acto bien intencionado se transformó en un episodio ingrato. Prueba de esas buenas intenciones y de que se obraba con serenidad es que no hubo enfrentamiento armado ni se hicieron imposiciones respaldadas por las armas. No obstante, una hábil propaganda oficial creó una división dentro del Ejército.

De esta forma, una presentación exhortando la adopción de medidas para contener el avance comunista produjo efectos justamente opuestos. Nadie ignora que la destrucción de las Fuerzas Armadas es el mejor objetivo de la lucha comunista.

Pero los motivos de inquietud no terminan el 12 de octubre.

El "planteo" del Ejército, así llamado para desvirtuar su verdadero carácter, no produjo ningún efecto. Las autoridades gubernamentales se limitaron a crear una "Comisión de represión del comunismo", la que resultó totalmente inoperante. Los resultados de las investigaciones realizadas por dicha comisión no trascendieron y se desconoce que se hayan tomado medidas positivas. Muy lejos de eso, desde octubre a esta parte es de conocimiento público el incremento que toma el comunismo, el que, encubierto o no bajo el lema de la revolución cubana y de la situación en el Congo, gana adeptos. Prueba de ello es el triunfo de las fuerzas de izquierda en las elecciones realizadas en la Capital Federal el 5 de febrero de 1961 y el progreso manifiesto observado en las elecciones de Santa Fe y el éxito de Añatuya.

Es un hecho conocido que el comunismo progresa en todo el continente en forma alarmante y que la Argentina no puede escapar, con éste u otro gobierno, de su influencia. Es indudable, sin embargo, que dicha influencia dependerá, en mayor o menor grado, de las medidas que se adopten para combatirlo o para favorecerlo. Si se tiene en cuenta que en nuestro país no se han adoptado medidas visibles y positivas para frenar la influencia del comunismo, y que, por el contrario, tanto en el orden interno como en el internacional se lo mira con indiferencia y hasta se lo favorece, es natural que perduren y se acrecienten los motivos de inquietud.

El Ejército y las otras Fuerzas Armadas, en cumplimiento de su misión de salvaguardar los más altos intereses de la Nación, defender su honor, la integridad de su territorio, la Constitución de la Nación Argentina y sus leyes, garantizando el mantenimiento de la paz interior y asegurando el normal desenvolvimiento de las instituciones, en síntesis, en su misión de Defensa Nacional, tiene derecho a gravitar en un problema como éste, que hace al futuro de nuestro sistema de vida cristiana y pacífica.

Por otra parte, así como fué llamado para asegurar el orden interno aplicando el plan "Conintes", ¿no será llamado mañana para reprimir huelgas subversivas o guerrilleros comunistas... y pasado mañana para reprimir una verdadera revolución roja?

Cabe preguntarse si no es responsabilidad de los mandos militares velar para que eso no ocurra y evitar futuros derramamientos de sangre.

La política de prevenir, más bien que curar, parece sensata. Ante este problema que justifica la inquietud que parece reinar en el Ejército, es indispensable que las autoridades nacionales dejen de mirar con indiferencia y comprendan que se corre el riesgo de que esos sentimientos desemboquen un día en un enfrentamiento armado... salvo que prefieran este juego peligroso, en la esperanza de que la fórmula "dividir para reinar" pueda ser siempre aplicada para resolver las inquietudes castrenses. Así podría lograrse el anhelo comunista de la autodestrucción de las Fuerzas Armadas.

Si esto ocurriera, es dable preguntarse: ¿qué medios opondría la ciudadanía, sin Fuerzas Armadas, para evitar no ya el avance comunista, sino la toma directa del poder?

¿Conocen nuestros intelectuales, nuestros profesionales y nuestros obreros lo que significa vivir bajo un régimen comunista?

DANIEL MANSILLA.

SUMARIO

